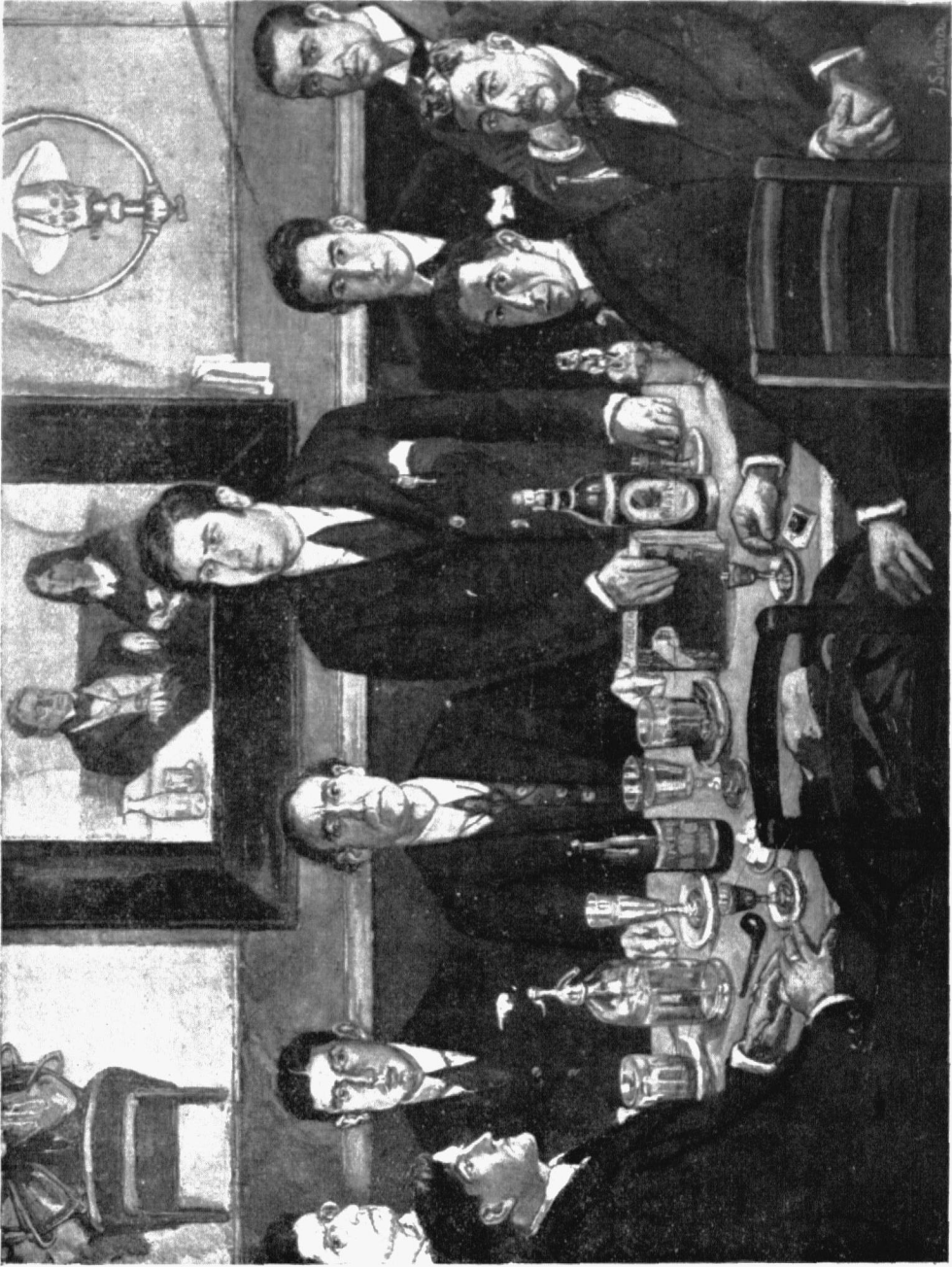


LA TERTULIA DE POMBO Y SU BUEN DESTINO

Por MANUEL SANCHEZ CAMARGO

RAMÓN Gómez de la Serna, el buen poeta, ha donado al Estado el cuadro titulado *Tertulia de Pombo*. Esta es la noticia que tiene como consecuencia la Orden publicada en el *Boletín*, mediante la cual se recoge oficialmente el regalo. Y las dos cosas merecen el comentario.

Con el importante lienzo del pintor Gutiérrez Solana, Ramón ha hecho más que donar un cuadro: ha realizado el bello verso de dejarnos a todos uno de los recuerdos más hondos de su mejor existencia; de esos que casi somos nosotros mismos, y cuya pérdida o definitiva ausencia del orden de nuestra vida supone un auténtico dolor. Hace algunos años, para que el lector supiera bien de qué tema hablábamos, había que explicar lo que fué el café de Pombo, lo que era Solana y lo que significaba en la literatura universal el nombre de Ramón. Hoy, cuando la obligación del conocimiento es un hecho, nos agrada sobremanera que la noticia sea normal y no necesite aclaraciones en su sencillez. Todo está ya sabido, y lo más decisivo, el Estado que acepta conoce las significaciones que entraña la donación, porque antes ha sabido, a través del Ministerio de Educación Nacional, impulsar como nunca al Arte.



«El Café de Pombo», en el Café de Pombo, de Madrid.

Y en señalar que el orden lógico de los merecimientos y de los gestos ocupa su sitio puede ser prólogo para hablar sólo de ese lienzo que tiene ya su lugar en el Museo de Arte Moderno de Madrid.

La tertulia de Pombo fué un día camino de una exposición anual: el Salón de Otoño. Ocupó pared escondida, y ante el cuadro, los elogios fueron pocos y las censuras abundantes. Solamente el que hoy lo regala sabía su valor, conocía toda la trascendencia que tendría esa tela que agrupa a unos escritores en instante de cita extraña y desacostumbrada, y por saberlo todo, lo colocó en día de homenaje en el mismo lugar que lo inspiró: el viejo café de Pombo. Y allí estuvo muchos años. Por la composición pasaron los humos baratos de los fumadores que apuraban sorbetes en los vasos grandes de cristal gordo y antiguo, en los que el helado no sufría merma; las miradas —que también desgastan— de aquellas personas para los que el café es refugio, casa, recreo y esperanza; las palabras de los que miraban extrañados a esos hombres sentados en torno del escritor, y alguna vez la buena compañía de los que volvían con sentido de responsabilidad a resucitar la tertulia que un día fué.

El cuadro *Tertulia de Pombo* tiene para todos, fuera de su importante valor pictórico, la fuerza documental de un tiempo, casi una época de España a la que habrá que diseñar en sus justos perfiles. Será gran referencia para los mañanas cuando, tras los estragos del mal cuidado, se aclaren fisonomías, se valoren calidades y se vean en el término más justo las figuras que aparecen allí, haciendo historia en el afán del comentario, de la glosa, de la invención. En el recuento de nuestras tertulias, este documento es decisivo y fecundo manantial para que extraigamos buenas consecuencias de la representación. Nuestra historia sería imposible completarla sin contar con las tertulias que fueron; con esas conversaciones pasajeras en torno a las mesas de los cafés, y ésta de Pombo, elevada de categoría por el libro y el lienzo, con cuaderno de asistencia y con acta de sesión, ha de ser para los que nos sucedan mucho más interesante que otras, que aunque agrupan más figuras,

no explican nada, como no sea el reconocimiento de los rasgos de aquellos a los que el azar ha unido para oír a un poeta en un estudio. La *Tertulia de Pombo* entraña en sus pinceladas, en su aire, en la disposición de sus retratados, una terrible angustia, acaso la misma que sentía cada uno de los que por las noches se unían en la cripta pombiana con el dolor de España metido en el corazón, y la suma de sensaciones que proporciona al espectador, desde la evocación que nos brinda el espejo con la última pareja romántica hasta la puramente filosófica, hacen del lienzo algo decisivo para llegar al conocimiento de unos años y de unos hombres. Y buen fin y premio ha tenido el lienzo: el que se merecían los dos que lo inspiraron. Ya lo presintió Solana —que lo presentía todo— cuando el día del homenaje que le organizó Ramón, aseguró, mirando su obra: «Mucho tiene que viajar ese cuadro.» Acertó. Pues no hay mejor trasatlántico que la sala de un Museo. Esta tertulia, en que los que la forman parecen esperar un recado definitivo y sorprendente, ha quedado consagrada y el recado oído. Todo ha sido perfecto.

Desde Buenos Aires, Ramón agradecerá esa Orden oficial que consagra dos nombres muy juntos en la gloria, y que creyeron que no iba a llegar nunca cuando en la tertulia de Pombo luchaban por alcanzarla, mientras la calle ignoraba que se aumentaba nuestra historia con dos apellidos.